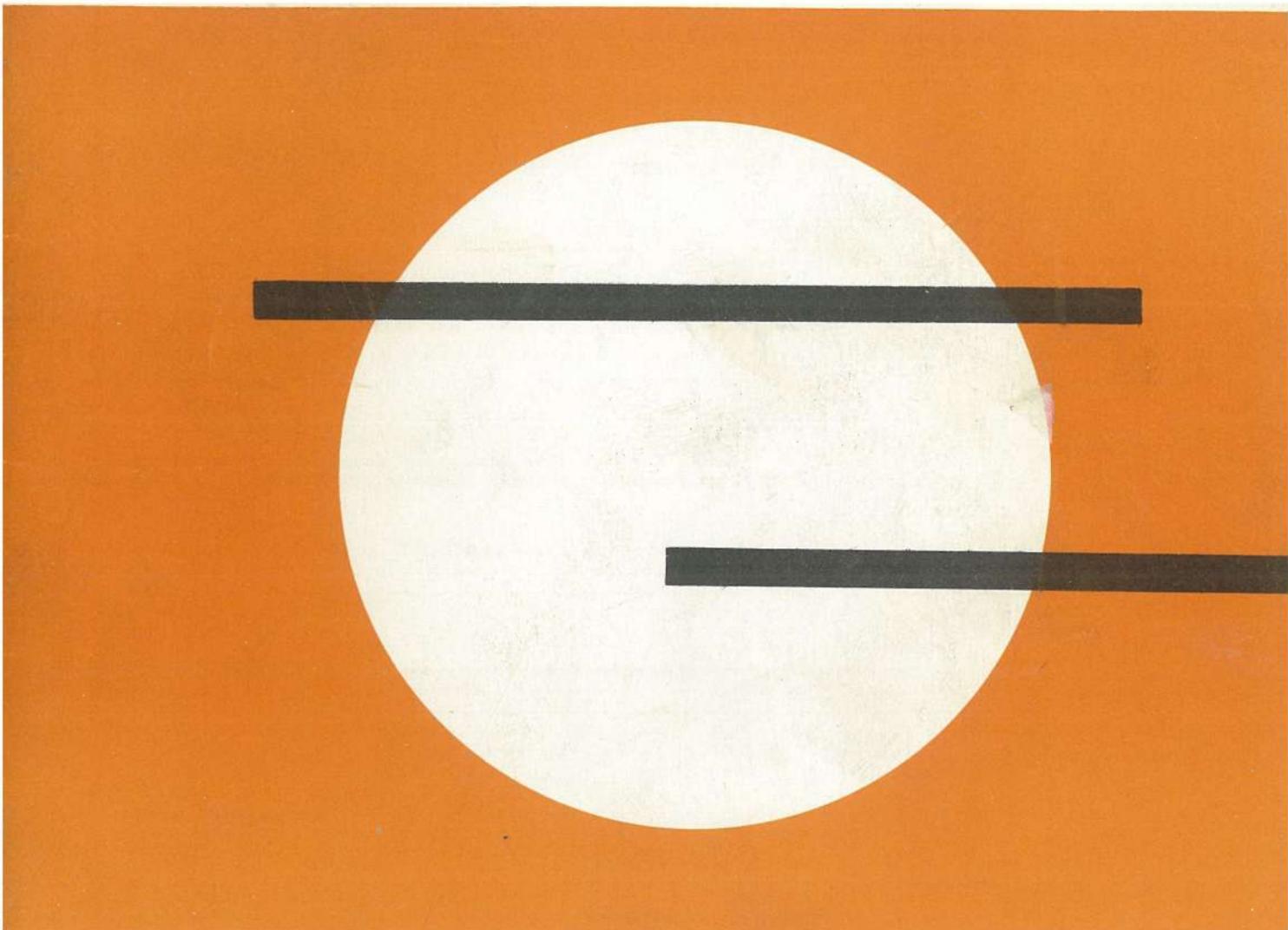


**EL HOMBRE, LOS ALIMENTOS
Y EL BIENESTAR
DE LA HUMANIDAD**



**ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS
PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACION**

SEGUNDA DISERTACION EN MEMORIA DE McDOUGALL, 1961

EL HOMBRE, LOS ALIMENTOS
Y EL BIENESTAR
DE LA HUMANIDAD

por JOHN D. ROCKEFELLER III

ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS
PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACION
ROMA, 1961

© FAO 1961

Impreso en Italia

Internal Printing

PREAMBULO

El mes de octubre de 1958, el Consejo de la FAO decidió honrar la memoria de Frank L. McDougall, de Australia, uno de los fundadores y de los más fieles servidores de la Organización, instituyendo la disertación en memoria de McDougall. La disertación se pronuncia a la iniciación de cada período de sesiones de la Conferencia de la FAO, que se reúne cada dos años. La primera fue pronunciada en 1959, por el Dr. Arnold Toynbee, el eminente historiador inglés.

Al instituir la disertación el Consejo especificó que el conferenciante habría de ser una persona de prestigio mundial, de cualquier nacionalidad; la disertación debería tener cierta relación, directa o indirecta, con los problemas mundiales de la agricultura y la alimentación y con los de la población y los abastecimientos, pero al disertante habría de concedérsele gran libertad en cuanto a la elección del tema. Sin embargo, las opiniones que él exprese no serán necesariamente las de la Organización.

Para la segunda disertación en memoria de McDougall, se ha elegido esta vez al Sr. John D. Rockefeller III, eminente ciudadano de los Estados Unidos de América. El Sr. Rockefeller es Presidente de la Fundación Rockefeller, institución de prestigio universal por la asistencia que ha venido prestando a los países poco desarrollados, sobre todo en el campo de la agricultura. Es motivo de profunda satisfacción para la FAO asociarse en esta forma con el Sr. Rockefeller y su Fundación en la común tarea de mejorar las condiciones de vida de la humanidad.



B.R. Sen
Director-General

EL HOMBRE, LOS ALIMENTOS Y EL BIENESTAR DE LA HUMANIDAD

Presentarme hoy ante ustedes es para mí un señalado honor. Tener el privilegio de dirigir la palabra a esta asamblea, participando en la serie de disertaciones inaugurada por el distinguido profesor Toynbee, es una oportunidad que me mueve a profundo agradecimiento.

Pocas organizaciones trabajan con tanta eficacia como la FAO en la gran tarea de nuestro tiempo: crear una vida más plena y fecunda para los pueblos del mundo. Que se trate de la más noble de las empresas no es posible dudarlo; y todos los que se desvelan por su consecución tienen sobrados motivos para sentirse orgullosos.

Ha sido sobremanera grato que Su Santidad el Papa Juan XXIII expresara en su reciente encíclica "sincera estimación por la obra eminentemente benéfica que realiza la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, fomentando relaciones fecundas entre los pueblos, sobre todo las naciones que están en vía de desarrollo, aliviando el malestar de las poblaciones en las que escasean los alimentos".

Para preparar esta disertación estudié la historia de la FAO y de su predecesor, el Instituto Internacional de Agricultura, organizado hace más de medio siglo en esta ciudad. Al conocer el papel sobresaliente que Frank McDougall desempeñó en la fundación de la FAO no pude menos de quedar impresionado por el elevado idealismo que, de modo tan evidente, inspiró y sostuvo a este hombre noble y humanitario. Sus ideales refulgen en los largos años que, como precursor se dedicó a despertar en el género humano la conciencia de las posibilidades de cooperación en la tarea de nutrir a las multitudes del mundo entero.

Fue en el decenio de 1930 cuando el Sr. McDougall y sus colegas propusieron a la Sociedad de las Naciones que se hiciese un esfuerzo universal a fin de que todos los pueblos pudiesen obtener una mayor suma de los alimentos necesarios para la salud. La Asamblea de la Sociedad de las Naciones quedó profundamente impresionada, y McDougall tuvo tan agudo sentido de su misión que telegrafó a un colaborador la noticia con las siguientes palabras: "Por la gracia de Dios, hemos encendido hoy en Ginebra una luz que confío no se ha de apagar nunca".

Por supuesto, no hay nadie que, por sí solo, pueda ser responsable de una labor tan vasta como la que ustedes desarrollan. Como americano que soy, me enorgullezco del papel que nuestro Presidente Franklin D. Roosevelt, desempeñó en la fundación de la FAO. Tengo entendido que fue la conversación que el Sr. McDougall sostuvo con el Presidente Roosevelt en la Casa Blanca, lo que más tarde, en 1943, dio por resultado la histórica conferencia de Hot Springs sobre agricultura y alimentación. Esa conferencia había de conducir a la creación de una organización internacional permanente, esta misma a la cual tengo hoy el honor de dirigirle la palabra.

Al recordar aquella conversación en la Casa Blanca, se reconoce hasta qué punto los actos aparentemente insignificantes del individuo pueden cambiar radicalmente el curso de la historia. Si la voluntad y la decisión, la tenacidad y la fortuna nos asisten, podremos, en cuanto individuos, influir profundamente en la condición humana entera. También nosotros podemos encender luces que nunca se apaguen. Encendidas una a una, esas luces pueden algún día iluminar el sendero hacia la solución de los grandes problemas con que se enfrenta nuestro mundo.

Cuando el Sr. Sen me pidió que les dirigiera la palabra, se refirió a mis servicios como presidente de la Fundación Rockefeller. En calidad de tal, he advertido la afinidad de los ideales que animan la obra tanto de esta Organización como de la nuestra. Ambas se esfuerzan por alcanzar un objetivo común: el bienestar de la humanidad entera. Creo poder asegurar que ninguno de nosotros concibe una tarea más alta; que todos nosotros consideramos el servicio a la humanidad como nuestra misión suprema y nuestra fortuna.

En esta causa ninguna labor reviste un carácter más esencial que la de ustedes: alimentar adecuadamente a los actuales y futuros miles de millones de hombres, y es una tarea que ustedes persiguen en un mundo que se transforma a toda velocidad, en lucha contra la presión inexorable de una población que se multiplica vertiginosamente.

Tienen ustedes plena conciencia de la magnitud de su tarea; saben que, aún hoy, la mitad de la humanidad padece desnutrición; que en las regiones menos privilegiadas la lucha por la vida es tan rigurosa, que la enorme mayoría de la población se ve forzada a practicar una agricultura de subsistencia, dejando poca mano de obra para otros aspectos del progreso social y el desarrollo económico. Conocen ustedes

también el implacable multiplicarse de la población mundial, el hecho pavoroso de que año tras año, día tras día, la familia del hombre, el número de bocas por alimentar, continúa aumentando, y son mayores aún las dificultades, es mayor la urgencia de la labor que a ustedes incumbe.

Pero, al mismo tiempo ¡qué oportunidad tienen ustedes para servir a la humanidad! ¡Cuán brillantes son algunas de las perspectivas! Nadie que esté familiarizado con estas cuestiones negará el vasto potencial de nuestro planeta para producir sustentos humanos. Por ejemplo, de las más de 250.000 especies conocidas de vegetales, se cultivan actualmente unas 300 plantas agrícolas; sin embargo, en la actualidad, con sólo 12 de ellas se obtiene el 90 por ciento del suministro mundial de alimentos. Y los esfuerzos científicos que se están realizando para ampliar la explotación de esas 12 especies indican que existe la posibilidad teórica de conseguir rendimientos dobles o triples de los actuales.

Por ejemplo, el arroz, que es el más importante de los alimentos humanos, suministra el 80 por ciento de las calorías al 60 por ciento de los seres humanos, y es el principal cultivo en aquellas partes del mundo donde más graves son las presiones demográficas. Sin embargo, apenas recientemente han empezado a intensificarse los estudios científicos en gran escala de este cultivo. Si, como se espera, es posible duplicar el rendimiento de esta planta, se habrá ganado con ello una importante acción de contención en la pugna entre población y alimentos.

En el campo de la agricultura tradicional está consiguiéndose mucho por lo que se refiere a realizar el potencial de nuestro planeta. La Campaña Mundial contra el Hambre de la FAO está centrando la atención en la necesidad de intensificar los esfuerzos tendentes a que el suministro de

alimentos sea más adecuado y sostenido. La Campaña es un programa de alcance mundial cuyo objeto es avivar en todas partes la conciencia de las personas responsables y lograr la aceptación de nuevas políticas, nuevos sacrificios y nuevas acciones.

Otra circunstancia alentadora es el creciente interés que demuestran los países del Lejano Oriente por el mejoramiento de la producción maicera. Las estadísticas recientes de Tailandia pueden servirnos como índice del potencial de las técnicas agrícolas aplicadas. En 1960, Tailandia exportó 515.000 toneladas métricas de maíz, más de 20 veces el promedio de 25.000 toneladas exportado en los años de 1950 a 1954.

También es confortante saber que el Japón ha alcanzado la autosuficiencia en la producción de arroz, y que el régimen alimenticio del pueblo japonés mejora gradualmente. Son asimismo significativos los progresos realizados en el campo de la protección de los cultivos y la lucha contra las plagas, sobre todo si se considera que las enfermedades de las plantas y los insectos causan pérdidas calculadas entre el 15 y el 20 por ciento del total de la producción agrícola mundial.

Personalmente, como es natural, el programa agrícola de la Fundación Rockefeller es lo que mejor conozco. Esta labor se inició en 1943, año en que el Gobierno de México invitó a la Fundación a que colaborase en un esfuerzo cooperativo en pro de la agricultura, es decir, en el intento conjunto de mejorar, mediante la investigación y la educación, la producción de los principales cultivos comestibles del país. En el último decenio, México ha disfrutado de un incremento anual medio del 7 por ciento en su producción agrícola. En ese mismo período, la población mexicana ha aumentado a una tasa anual de cerca del 3 por ciento. El mérito de este logro no

se puede atribuir, por supuesto, a un solo programa u organización, pero no hay duda de que los materiales vegetales y las prácticas mejoradas, así como los agrónomos calificados que se han formado gracias a las investigaciones y la capacitación cooperativas, han desempeñado un papel significativo en dicho avance.

Desde entonces, la Fundación ha extendido el plan de cooperación desarrollado en México a Colombia, Chile y la India. La experiencia mexicana ha servido también en la elaboración de proyectos cooperativos para todo el hemisferio, encaminados al mejoramiento del maíz y del trigo, y un programa mundial de mejoramiento del arroz.

Los logros actuales y las posibilidades futuras de la agricultura tradicional dan motivos sobrados de optimismo. Grandes promesas encierra, asimismo, el campo en gran parte inexplorado de la agricultura no tradicional. La ciencia de la nutrición es aún nueva y hay quien sostiene que, en último término, la humanidad obtendrá la mayor parte del sustento en formas que hoy día no podemos ni siquiera imaginar. Por ejemplo, las algas marinas pueden algún día llegar a ser el maná del género humano. El desarrollo de la agricultura no tradicional apenas ha empezado, debido sobre todo a lo mucho que queda por realizar en la esfera de la tradicional.

Hasta ahora el tono de mis observaciones ha sido optimista. Sé que todos los que trabajan en este campo se inclinan hacia el optimismo. Decir que la despensa del mundo está medio llena es más fácil que presentarla medio vacía. Cada éxito es motivo de satisfacción porque significa que disminuye el número de hambrientos. Hay voluntad de vencer, y aplaudimos a cada avance. La tarea es nueva y la jornada se mide por lo mucho que se ha avanzado, no por el camino que queda por recorrer.

Pero no debemos dejarnos deslumbrar por un excesivo optimismo. Es necesario que veamos también las sombras y las dificultades.. Verdad es que el progreso científico y tecnológico en la agricultura es significativo, pero también es cierto que no corresponden a él idénticos avances en los campos igualmente importantes de la sociología y la economía.

Aquí se alzan formidables barreras que anulan nuestro esfuerzo. Por ejemplo, la barrera del costo: ¿cómo es posible que un pobre agricultor, que a duras penas recoge lo imprescindible para su subsistencia, pueda permitirse la menor inversión para mejorar sus cultivos? ¿Cómo ha de poder comprar las semillas, los insecticidas, las máquinas que tan imperiosamente necesita? En la escala nacional ¿dónde va a encontrar su gobierno los medios, dadas las condiciones precarias de la economía, que precisaría para suministrar a los agricultores los subsidios, los programas de extensión, la asistencia técnica que requiere?

Existe también la barrera de las motivaciones individuales que, multiplicada por millones de veces, da origen a las estructuras culturales de la humanidad. ¿Cómo se puede conseguir que un hombre cultive más de lo que consume? ¿Cómo es posible lograr que abandone sus vetustos métodos y experimente técnicas nuevas y extrañas? ¿Cómo se le puede persuadir a que trabaje en inteligente armonía con otros seres humanos, a veces totalmente extraños?

Estas son las barreras socio-económicas que se alzan; éstas y otras muchas; no podemos ignorarlas. En verdad, en muchos países son tan tremendas que -a menos que se verifique un descenso en la tasa del crecimiento demográfico- el resultado de nuestros mejores esfuerzos científicos y técnicos sólo puede dar por resultado un incremento excesivamente lento en el suministro de alimentos por persona, quizás ninguno en absoluto o incluso un descenso.

Para tener éxito, menester será primero haber enseñado y persuadido a centenares de millones de seres humanos a modificar radicalmente los hábitos y costumbres de toda una vida. Sobrecoge pensar que no sólo hay que procurarle el alimento a la humanidad, sino que también debemos buscar la manera de hacer que lo coma. Y si esto está ya resultando difícil por lo que se refiere a los alimentos más habituales, es de imaginar las dificultades infinitamente mayores con que se tropezará cuando se trate de alimentos menos difundidos.

En su disertación, El Dr. Toynbee planteaba claramente el problema en los siguientes términos: "Los estadistas y los hombres de ciencia tienen que encararse con el hecho de que, aun cuando supieran cómo se pueden resolver estos urgentes problemas, y aun cuando todos desearan en absoluta concordia que se llevaran a la práctica las soluciones posibles, sus voluntades -incluso sus voluntades conjuntas- no prevalecerán hasta que hayan logrado convertir al resto del género humano. Habrá que iluminar miriadas de inteligencias y habrá que convencer a miriadas de voluntades para que hagan miriadas de difíciles elecciones personales."

Hemos examinado pues, la cara luminosa y la faz sombría del problema de alimentar a los miles de millones de habitantes de la tierra. Aunque no podríamos restar importancia a la tarea que queda por delante -y sería peligroso intentarlo- debemos mantener nuestra confianza en la capacidad del hombre para plasmar su medio ambiente, y para hacer del mundo lo que su voluntad quiere que sea.

Supongamos por un momento que esa confianza está plenamente justificada, que la humanidad logrará alcanzar el tan soñado equilibrio en la abundancia, y que la liberación respecto del hambre será un día un hecho vital universal.

Supongamos, todo esto, propongo, y luego preguntémonos lo siguiente: un logro tan inmenso como éste, ¿basta para asegurar el bienestar de la humanidad, que es la meta final de nuestro afán? De la época de Malthus, hemos heredado la tendencia a creer que la solución estriba en hallar un sano equilibrio entre las cifras demográficas y las cantidades de alimentos. Esto permite dar una respuesta sencilla a la difícil pregunta de "¿Cuánto es suficiente?", pero con harta frecuencia la respuesta es errónea porque en ella se equipara al hombre con los animales y al alimento con los piensos. Existe una tercera dimensión, otra faceta, que atañe a la esencia misma de la vida humana. Esta olvidada dimensión se refiere al deseo que el hombre tiene de vivir y no sólo de sobrevivir.

El ser humano es algo más que un animal. Sus necesidades no se satisfacen con pan tan sólo. Hay preciosos bienes intangibles que hacen que la vida sea digna de ser vivida: el saber, por ejemplo, y la satisfacción que se alcanza con el tiempo libre bien aprovechado. Existe el gozo apacible de la contemplación de la naturaleza y el arte, o el vigor perdurable que surge de los valores morales y espirituales.

Señor de todas las criaturas, el hombre tiene necesidades espirituales, emocionales y mentales que se derivan del hecho mismo de su humanidad. En lo profundo de su ser, todo hombre siente la necesidad de expresar su personalidad de un modo positivo; de afirmar o reafirmar su individualidad; de hacer uso, porque así le place, de su gusto y sus aptitudes; de desempeñar un papel auténticamente personal, por pequeño que sea, en una experiencia creadora.

Estas necesidades humanas sobrepasan el límite de las simples exigencias elementales, de las comodidades

corporales y de los recursos puramente materiales. Ellas son la tercera dimensión a que he aludido. Todo hombre, al nacer, debe tener por derecho propio la oportunidad de satisfacer estas necesidades. Todo hombre merece por lo menos la oportunidad de llevar una vida que tenga satisfacción y objeto para lograr en ella algo más que una pura supervivencia.

Luchar por satisfacer estas más altas necesidades puede ser un ideal capaz de orientar y estimular nuestra labor. Pero antes que nada se nos antepone la exigencia de colmar las necesidades básicas del género humano, es decir, la necesidad perentoria y urgente no sólo de alimentos, sino de salud y educación, de medios para combatir la pobreza, y de encontrar un modo eficiente y aceptable para estabilizar la población.

Satisfacer estas necesidades fundamentales es un primer paso esencial, un objetivo inmediato a cuya consecución universal contribuyen ustedes con su cotidiana labor en el terreno de la agricultura. Pero es vital que reconozcamos -y nunca insistiré bastante sobre este punto- que todas esas necesidades básicas -alimentación, sanidad, educación, mejora económica y estabilización demográfica- están ligadas entre sí. Por consiguiente, se deben abordar simultáneamente, en cuanto elementos componentes de una sola exigencia histórica, y hacerlo con vigor e imaginación. El factor tiempo es siempre importantísimo si se quiere que sea eficaz el esfuerzo.

En este vasto intento universal, ¿existe una función constructiva que hayamos de desempeñar en calidad de individuos y como representantes de nuestros gobiernos y organizaciones?. Estoy convencido de que la hay y me permito sugerir dos amplias áreas abiertas a nuestra iniciativa:

La primera es que en nuestra especulación mental y planificación debemos tomar en consideración todas las

necesidades básicas del ser humano. Para que nuestro trabajo sea más fecundo es indispensable ensanchar las perspectivas y reconocer que el suministro de alimentos es una, y nada más que una, de las necesidades básicas que he indicado antes.

Tenemos todos la obligación de conocer más a fondo en qué forma están relacionadas entre sí estas necesidades, cómo están entrelazadas de tal modo que resisten a todo simple ataque y se oponen a toda solución aislada.

Para ilustrar esta interrelación, permítaseme citar la evolución del programa de la Fundación Rockefeller. En los primeros años posteriores al de su creación, 1913, la Fundación centró con cierto buen éxito sus esfuerzos en el campo de la salubridad pública. Sin embargo, los dirigentes de la Fundación se dieron pronto cuenta de las relaciones que existían entre la sanidad y la nutrición. En pocas palabras, se preguntaron ¿de qué servía prolongar la existencia de los seres humanos mediante la extirpación de las enfermedades si su futuro había de verse roído por el hambre?. De ahí que la Fundación empezara a interesarse por la agricultura.

Pero "el bienestar de la humanidad en todo el mundo" para decirlo con las palabras de la carta constitutiva de la Fundación, requería algo más que la satisfacción de las necesidades básicas. Los dirigentes se dieron cuenta de que el hombre debe satisfacer además sus necesidades más altas, esa "tercera dimensión" a que antes he aludido. Por tanto, el programa de la Fundación se expandió para abrazar las humanidades, la educación y las artes.

Es evidente que los organismos especializados como la FAO tienen limitada su acción al ámbito de su especialidad. Pero tales restricciones a la acción no deben menoscabar la capacidad de sus dirigentes para pensar y proyectar con amplitud y en armonía con otros organismos.

Este amplio pensar y proyectar exige de nosotros un conocimiento más profundo de todas las necesidades básicas de la humanidad. En algunos aspectos, tenemos la ventaja de los hechos: esta Organización, por ejemplo, puede reunir e interpretar informaciones sobre la agricultura y la alimentación; la Organización Mundial de la Salud estudia sin descanso las cuestiones que atañen al bienestar físico de los seres humanos; muchas organizaciones públicas pueden facilitar datos sobre educación y desarrollo económico. Sin embargo, en el cuadro de nuestros conocimientos sobre las necesidades del hombre se abre una peligrosa laguna. Me refiero al campo de la demografía, cuestión de importancia fundamental para casi todos los campos del esfuerzo humano, y esto me lleva a otra sugerencia respecto a nuestra iniciativa individual.

En segundo término, para pensar y proyectar con eficacia debemos encarecer a nuestros gobiernos que reúnan informaciones completas y exactas sobre el crecimiento demográfico y sus repercusiones. Nuestra labor no podrá ser plenamente fructífera sin estos antecedentes. Y como ciudadanos tenemos pleno derecho a poner esta realidad ante quienes nos dirigen.

Es triste, si no escandaloso, lo poco que se sabe actualmente acerca de un problema tan vital como las relaciones entre el crecimiento demográfico y el desarrollo económico y social. Muchos países no pueden ni siquiera calcular el total de su población, y mucho menos pronosticar sus tasas de crecimiento o disminución, ni las repercusiones que las variaciones demográficas tienen sobre la vida nacional.

¿Por qué es así? ¿Por qué no se dispone de datos demográficos completos, cuidadosamente analizados? Evidentemente, son varias las razones que pueden aducirse: falta de fondos, falta de personal capacitado, consideraciones de

carácter económico, religioso, político y militar. Pero me pregunto si, en el fondo, lo que nos sucede es que tememos afrontar el problema demográfico, de la misma manera que un hombre vacila en someterse a un reconocimiento médico por temor a enfrentarse con hechos que exijan decisiones y medidas, decisiones que tiene miedo de tomar, y medidas que tiene miedo de adoptar.

Me pregunto también si el tema del control de la natalidad -que no es más que una de las muchas facetas del problema demográfico- no habrá contribuido a que en algunos países la totalidad de la cuestión haya quedado desterrada del ámbito de la pública discusión, fuera de una franca y lógica consideración. Me atrevo a afirmar que es necesario ponernos a la altura de nuestra responsabilidad. Que el mundo, primero, conozca en sus términos reales y en sus consecuencias generales el problema de la población. Luego, y basándose en un conocimiento cabal y completo, que nuestros dirigentes, país por país, decidan si es necesario estabilizar la población y si se pueden encontrar medios aceptables para ello.

Por desgracia, son muy contados los países (incluidos los Estados Unidos) que cumplen las obligaciones que tienen para con sus pueblos en lo que se refiere a obtener estos conocimientos. Y sin embargo, los datos sobre cómo el crecimiento demográfico afecta a la vida en su totalidad, deben ser la base de decisiones básicas y trascendentales, capaces cada una de ellas de influir profundamente en la vida de todos nosotros.

Los países tienen el deber de convocar a las personas competentes, capacitadas y responsables a que dediquen todo su tiempo y energías al estudio de los problemas de la población y sus repercusiones a largo plazo. Igualmente importante es que dicha información sea del dominio público, pues sólo así, previa una formulación apropiada, podrán contar los gobiernos con el indispensable apoyo popular para sus programas.

Las agrupaciones particulares pueden contribuir mucho con informaciones, conocimientos especializados y personal capacitado. Pero los problemas demográficos son tan vastos, tan importantes, tan complejos, y con frecuencia tan inmediatos, que sólo los gobiernos que cuentan con el apoyo y la inspiración de la iniciativa privada pueden abordarlos en la escala necesaria.

Los miembros de esta Organización, por el hecho de haber sido designados por sus gobiernos se hallan en posición muy firme para influir sobre sus dirigentes nacionales a fin de que se recojan los datos sobre población. A ustedes pido, con todo encarecimiento que así lo hagan.

A mi juicio, entre los primordiales problemas de nuestro tiempo, sólo el del control de las armas atómicas se antepone al del crecimiento demográfico. Las mentes preclaras y los dirigentes de todo el mundo están esforzándose por encontrar un medio para lograr que esos terribles frutos de nuestra época nuclear, las bombas atómicas y de hidrógeno, no se usen jamás en la destrucción de la humanidad. No cabe duda de que esta cuestión es, por su urgencia, la principal tarea de nuestra época. Y sin embargo igualmente pavorosos son los problemas que finalmente provoca la veloz expansión demográfica mundial. Todos confiamos y rogamos por que se conjure el suicidio nuclear del mundo; pero en los problemas del crecimiento excesivamente rápido de la población hay un elemento de implacable inevitabilidad, una matemática certidumbre, que proyecta sobre nuestro futuro una sombra oscura y estremecedora.

La torva realidad del crecimiento demográfico se halla presente en todas las necesidades básicas del género humano y, más que ningún otro factor aislado, frustra el esfuerzo del hombre por alcanzar sus más altos fines.

Antes que se agote el ciclo vital de los que ahora son niños, el número, la salud, la educación y la cultura de la población mundial sufrirán cambios dramáticos. Es muy posible que estos cambios -para bien o para mal- afecten directamente a nuestras acciones, las de ustedes y las mías. Sin embargo, con frecuencia, al reflexionar y proyectar carecemos de una perspectiva general. Como albañiles que construyen un muro, quizás no nos demos cuenta de que estamos alzando una catedral. Así, lo mismo nosotros que nuestros países, casi no tenemos conciencia de la magnitud y de las consecuencias del crecimiento demográfico que, de proseguir sin freno, puede acabar echando por tierra todo lo que habremos construído.

Por eso nuestro esfuerzo ha de ser concertado y dinámico, lo suficientemente intenso y persistente, para responder a tan enorme exigencia.

Mas también debe animarnos un sentido realista de la historia y de sus amplias perspectivas, a fin de que en esta liza tengamos la fortaleza de la paciencia. Una tarea tan ingente como construir un mundo mejor, una vida más plena para toda la humanidad, no se puede completar en una década ni siquiera en una generación.

Y sin embargo, es a nuestra generación a la que se le presenta la oportunidad y el honor de iniciar verdaderamente esa tarea, y tal ocasión se nos ofrece gracias a la visión de hombres como Frank McDougall y a la fecunda labor exploradora de organizaciones como la FAO.

Que cada uno de nosotros, en su esfera individual, emprenda la gran tarea movido por la grandeza misma del reto a que ha de responder, consagrado a su paciente realización, y confiado en la victoria final.